



Andrea Pequeño

Imágenes en disputa. Representaciones de mujeres indígenas ecuatorianas

Flacso-Ecuador, Abya Yala, UNFPA, Quito, 2007, 130 págs.

El tema más amplio de este libro es la política de representación en Ecuador en un período histórico en el que importantes acontecimientos políticos hicieron posible formas en cierto sentido dialógicas de representación sobre el tema de las etnias y la identidad nacional, entre los dos grupos mayoritarios de la Sierra ecuatoriana: los blanco-mestizos y los indígenas. A diferencia del uso más común en las ciencias sociales de imágenes visuales para ilustrar un argumento, la originalidad del trabajo de Pequeño radica en partir de una imagen aparentemente inocente -una muñeca Barbie blanca, vestida de indígena otavaleña- para tornarla al final del libro en un símbolo preñado de significados identitarios paradójicos y contradictorios.¹ Es ese ahondar en las

1 Esta imagen apareció en el año 2004 en *El Comercio* como parte de una estrategia publicitaria de una compañía de cosmética. Es interesante señalar que, además de la Barbie original blanca caucásica, hace ya varias décadas que existen múltiples Barbies “de color” para un mercado global multicultural. Es por eso aún más revelador de las particulares características de las relaciones étnicas en Ecuador, el hecho de que la Barbie indígena Otavaleña presentada como ícono sea

imágenes -que muchos vemos en el curso del hábito cotidiano sin mirarlas- para profundizar en su significado desde adentro, lo que distingue este trabajo como pionero en el área de la antropología visual en Ecuador.²

Los imaginados son los indígenas y especialmente las mujeres indígenas. El imaginero principal es la sociedad serrana dominante a través de uno de sus voceros más importantes, el diario *El Comercio* en el período de 1999 a 2004. Pero lo interesante es el diálogo que la autora establece entre este imaginero y las diferentes imágenes producidas por un sector indígena que, a través de sus organizaciones políticas, va adquiriendo una voz pública y nacional en su propia representación. En el contexto de la representación de la identidad nacional, las imágenes de etnia y género son examinadas como un campo de negociación entre estos dos sectores sociales. Un aporte importante de Pequeño a este debate sobre la invención o recreación de la nación ecuatoriana es su cuidadoso análisis de las distintas estrategias de los individuos y las organizaciones indígenas para aceptar, resistir, resignificar o imponer las cambiantes representaciones de nación.

El centro de atención analítica va más allá de la representación del indígena esencial y homogéneo para poner el énfasis en la imagen del cuerpo de la mujer indígena, situando las imágenes y los imagineros en un contexto histórico político y social cambiante que posibilita la construcción de nuevas imágenes y el surgimiento de nuevos imagineros. Es decir, los indígenas son vistos como sujetos y no sólo como objetos de representación.

La selección de imágenes a analizar y su interacción con los textos correspondientes parte de tres acontecimientos que enfocaron

blanca, y vaya acompañada del texto “celebramos que la belleza ecuatoriana sea universal”.

2 Por eso mismo desde el punto de vista del lector, este libro se favorecería enormemente con una nueva edición que priorizara la calidad de las imágenes.

el problema de la identidad nacional durante el período considerado: los mapas generados con motivo del V Censo Poblacional en el 2001, las lideresas indígenas a raíz del nombramiento de dos líderes indígenas -Nina Pacari y Luis Macas- como ministros de Estado en 2003 y las reinas indígenas vistas a partir del Concurso Internacional de Belleza Miss Universo, cuya sede fue Ecuador en el 2004.

Luego del examen detallado de los mapas publicados en *El Comercio* la autora demuestra cómo, a través del rostro y el cuerpo de mujeres indígenas, ambos mapas despliegan las distintas nacionalidades y pueblos indígenas como “congelados” en lugares geográficos específicos mientras que guardan silencio visual y textual sobre los afroecuatorianos y los blanco-mestizos como si no formaran parte de la categoría nacional de “grupos étnicos”.

Tanto en estos mapas como en el producido por el Consejo de Desarrollo de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas del Ecuador (CODENPE), en el cual los indígenas tuvieron considerable poder de representación, las mujeres indígenas son posicionadas con su vestimenta como representantes de una identidad colectiva esencializada. Es decir, son consideradas “más indias”, “más rurales” y por lo tanto “más guardianas” de su cultura, mientras que los hombres supuestamente se han desindigenizado por su mayor contacto con la ciudad. La autora argumenta que, por una parte, la voz de *El Comercio* habla desde el sector ausente en la gráfica y homogeneiza a los Otros como sujetos a-temporales, inmobilizados en lo que ella caracteriza como “ghettos culturales” donde las mujeres indígenas son consideradas íconos de autenticidad. Pero, por otra parte, las organizaciones indígenas se re-apropian de las representaciones dominantes sin contestarlas. Ambos sectores sociales comparten el interés de vender una nación indígena y exótica al turismo. En última instancia, no hay en estas formas geográficas

de representación un discurso significativo de protesta alternativo.

Los diversos concursos de belleza indígena son analizados como instancias de auto-representación donde se introducen ciertos cambios históricos en las vestimentas de las mujeres indígenas y donde se da especial importancia a la lengua como un marcador también importante de identidad cultural. Pequeño analiza casos particulares donde se enfatiza la complejidad de las motivaciones de las participantes, desde la imitación de las pautas blanco-mestizas hasta una conciencia lúcida de la necesidad de recuperar una identidad cultural amenazada por las vicisitudes de los procesos migratorios.

En el caso de las lideresas indígenas, Pequeño demuestra más claramente cómo las mujeres indígenas no son sólo objetos pasivos de las representaciones dominantes (sean estas producidas por los blanco-mestizos o por los imagineros indígenas), sino sujetos cada vez más activos en la negociación de sus propias imágenes. La autora argumenta que el acceso a la educación formal ha permitido a un grupo de mujeres indígenas una reflexión más independiente sobre su identidad étnica en términos sociales y políticos y la capacidad de construir una nueva imagen. Esta despliega conscientemente elementos tradicionales identitarios pero para resignificarlos como una revalorización positiva de identidad, con conciencia de orgullo étnico y como afirmación política de un sujeto activo. Esta auto-imagen cuestiona la idea de la mujer indígena como signo emblemático de la ruralidad y el analfabetismo e inicia un proceso de reindigenización articulado conscientemente como proyecto político ideológico.

A través de su análisis la autora muestra que no hay una sola forma de asumir la identidad indígena. Su investigación es un aporte nuevo e interesante de entender el problema de la identidad étnica. Su examen de imágenes visuales en relación a diferentes textos y

en diferentes escenarios evita la explicación esencialista más común de que la única y exclusiva forma de representar lo “auténticamente” étnico es incluyendo un pasado y presente de explotación. Es decir, la autora evita caer en la trampa analítica de considerar al indígena siempre y únicamente como víctima.

No es una novedad decir que la antropología del Nosotros es la más difícil de hacer. Representarnos a nosotros mismos (cualquiera sea el grupo étnico al que pertenecemos) fuera del paradigma dominante de representación requiere una conciencia clara sobre el inmenso poder político y social de las imágenes que producimos. Este libro es un paso adelante en esa dirección de análisis crítico.



Margarita Camacho Zambrano

Cuerpos encerrados, cuerpos emancipados. Travestis en el ex penal García Moreno

Abya-Yala, El Conejo, UASB, Quito 2007

Como toda obra pionera, ésta desbroza caminos intransitados e ilumina rincones oscuros de nuestra sociedad. Es una obra inquietante porque aborda y descubre nuestros más íntimos prejuicios. Al mismo tiempo, realiza una áspera denuncia de la marginación, el prejuicio y la violencia con que nuestra sociedad castiga a quienes corren el riesgo de vivir su vida y su sexualidad

de manera distinta, más cerca de sus deseos y más lejos de las normas aceptadas. Es también una valiente descripción de la brutalidad del sistema penitenciario ecuatoriano y de la criminal complicidad de una sociedad que busca ocultar sus cloacas y mirar para otro lado. Es un libro muy documentado que invita a la lectura y al compromiso.

Pero Margarita Camacho no se propuso tan solo hacer una denuncia lacerante y vital. Si ese hubiera sido su principal intención, el lenguaje utilizado sería menos técnico y los juegos de palabras menos enrevesados. El libro pretende ofrecer una lectura teórica y una interpretación política de la identidad travesti. Para hacerlo, se hunde en los extremos. La cárcel, llena de violencia y brutalidad, en un confinamiento obligado y desalentador, donde se viven las formas más odiosas de corrupción y arbitrariedad, donde se manifiestan las más crudas expresiones de la masculinidad dominante, es el escenario de esa búsqueda obstinada de las claves de una identidad sexual marginalizada. Para explorar ese lugar extremo, la autora realizó un importante trabajo etnográfico entre octubre de 2005 y enero de 2007 cuyos frutos se pueden apreciar en la amplitud de los testimonios que se transcriben en el libro.

Según el libro, aunque puede ser controvertido, “ser una travesti ‘varón’ implica el gusto por ser mujer”. Por lo tanto, a diferencia de lo que se piensa usualmente, “no implica necesariamente, tener sexo con un hombre” (p. 29, nota 4). El travestismo implica una manifestación pública de una identidad distinta, ambivalente, y por lo tanto es, en sí mismo, un desafío a la normalidad dominante. No se queda callado, confronta al otro con lo diferente. Además, desafía la clasificación convencional de los sexos: ¿es mujer o es varón? ¿Cómo llamarlos, los travestis o las travestis? Cuando son detenidas, ¿Deben ir a la cárcel de mujeres o a la de varones? El travesti vive en el límite y quienes se cruzan con ellos se enfrentan a la perplejidad de aquello que nos arranca de nuestros hábitos más arraigados.